

Casa
Negra

STEPHEN
KING

PETER
STRAUB

Hace veinte años, un chico llamado Jack Sawyer viajó a los Territorios, un mundo paralelo, para salvar a su madre. Ahora Jack, ex detective de homicidios, decide comprarse una casa en un pueblo tranquilo de Wisconsin. No conserva recuerdo alguno de sus aventuras en los Territorios, pero se vio obligado a dejar la policía de Los Ángeles cuando un suceso casual le despertó un inexplicable malestar.

Cuando se produce una serie de horripilantes asesinatos en Wisconsin, el jefe de la policía local pide a Jack que lo ayude en su investigación. Pero ¿son esos asesinatos simplemente obra de un perturbado, o se ha desatado una fuerza misteriosa y maligna? ¿Cuál es la causa de las extrañas visiones que tiene Jack? ¿Acaso alguien trata de comunicarle algo? Jack se ve arrastrado de nuevo a los Territorios y hacia su propio pasado. Solamente allí podrá encontrar la fuerza necesaria para entrar en la Casa Negra y enfrentarse a los espantosos y viles seres del mal que esta cobija.

En Casa Negra Stephen King y Peter Straub vuelven a contar otra historia de Jack Sawyer, protagonista de El talismán, el primer libro que escribieron juntos.

Una obra maestra de la mano de dos genios de la literatura de terror. Una historia absolutamente espeluznante.

*Para David Gernert
y Ralph Vicinanza*

*Me llevas a un lugar al que nunca voy,
me envías besos hechos de oro,
una corona te pondré sobre los rizos,
¡aclamad todos a la reina del mundo!*

THE JAYHAWKS,
Smile

Aquí y ahora

PRIMERA PARTE

**Bienvenidos
a Coulee
Country**

1

Aquí y ahora, como solía decir un viejo amigo, estamos en el incierto presente, en el que la extrema lucidez nunca garantiza una visión perfecta. *El aquí*: a unos setenta metros, la altura a la que planea un águila, sobre el extremo occidental de Wisconsin, donde los caprichos del río Misisipí trazan una frontera natural. *El ahora*: un viernes por la mañana temprano a mediados de julio, en los primeros años tanto de un nuevo siglo como de un nuevo milenio, cuyos díscolos rumbos permanecen tan ocultos que un ciego tiene más posibilidades de ver lo que le depara el futuro que tú o que yo. Justo aquí y ahora, la hora es poco más de las seis de la mañana y el sol está bajo en un cielo oriental sin nubes, una bola gorda y segura de sí que avanza como siempre por primera vez hacia el futuro y deja en su estela un pasado que se ha ido acumulando sin cesar, que se oscurece a medida que se retira, convirtiéndonos a todos nosotros en ciegos.

Más abajo, el sol naciente tiñe de reflejos fundidos las amplias y suaves ondas del río. La luz del sol arranca destellos a las vías del ferrocarril de Burlington Northern Santa Fe, que discurren entre la orilla del río y los patios traseros de las destartadas casas de dos plantas a lo largo de Country Road Oo, conocidas como las Casas de los Clavos, el punto más bajo de la pequeña población de aspecto desahogado que se extiende colina arriba y hacia el este debajo de nosotros. En este momento, en Coulee Country la vida parece estar conteniendo el aliento. El aire inmóvil en torno a nosotros es de una pureza y una dulzura tan in-

creíbles que cabría imaginar que un hombre pudiese oler un rábano arrancado de la tierra a más de un kilómetro de allí.

Moviéndonos hacia el sol, planeamos sobre el río y las vías relucientes, sobre los patios y tejados de las Casas de los Clavos, y luego sobre una hilera de motocicletas Harley-Davidson ladeadas sobre sus pies de apoyo. Las casas, no muy atractivas, se construyeron a principios del siglo que acaba de desvanecerse para los fundidores, fabricantes de moldes y peones de embalaje empleados por la fábrica de clavos Pederson. Alegando que era poco probable que el personal se quejase de los defectos en sus viviendas subvencionadas, su construcción fue lo más barata posible. (Clavos Pederson, que sufriera múltiples hemorragias durante la década de los cincuenta, se desangró finalmente hasta su extinción en 1963.) Las Harley que esperan sugieren que los trabajadores se han visto reemplazados por una pandilla de motociclistas. El aspecto uniformemente feroz de los propietarios de las Harley, hombres de cabellos revueltos, barbas descuidadas y tripas caídas, que lucen pendientes, chaquetas de cuero negro y menos de los dientes que les corresponden, parece confirmar semejante suposición. Como la mayoría de suposiciones, esta entraña una incómoda verdad a medias.

A los residentes actuales de las Casas de los Clavos, a quienes los desconfiados locales apodaron los Cinco del Trueno poco después de que se instalaran en las casas junto al río, no se les puede encasillar tan fácilmente en una categoría. Tienen empleos especializados en la empresa cervecera Kingsland, situada justo a las afueras de la ciudad hacia el sur y a una manzana al este del Misisipí. Si miramos hacia la derecha, veremos «el mayor *pack* de seis del mundo»: unos tanques de almacenamiento en que se han pintado gigantescas etiquetas de la antigua cerveza rubia Kingsland. Los hombres que viven en las Casas de los Clavos se conocieron en el campus de la Explanada Urbana de la Uni-

versidad de Illinois, donde todos menos uno eran estudiantes especializados en Literatura Inglesa o Filosofía. (La excepción era un residente en cirugía en el hospital universitario de la misma institución.) Les produce un irónico placer que les llamen los Cinco del Trueno, pues el nombre se les antoja agradablemente caricaturesco. Lo que se llaman a sí mismos es «la Escoria Hegeliana». Estos caballeros forman una interesante pandilla, y les conoceremos más adelante. Por ahora, tan solo tenemos tiempo de advertir los carteles hechos a mano sujetos con cinta adhesiva en las fachadas de varias casas, en dos farolas y en un par de edificios abandonados. Los carteles dicen: ¡PESCADOR, MÁS TE VALE ROGARLE A TU APESTOSO DIOS QUE NO TE COJAMOS PRIMERO! ¡ACUÉRDATE DE AMY!

Desde las Casas de los Clavos, la calle Chase discurre abruptamente colina abajo entre edificios protegidos con fachadas desgastadas del color de la niebla: el viejo hotel Nelson, en el que están durmiendo unos cuantos residentes empobrecidos, una taberna de frontal desnudo, una cansina zapatería que exhibe botas de trabajo Red Wing tras el empañado escaparate, unas cuantas edificaciones más que no ostentan indicativos de su función y que se ven extrañamente soñolientas y vaporosas. Estas estructuras tienen el aire de resurrecciones fallidas, o de haber sido rescatadas del oscuro territorio occidental pese a estar aún muertas. En cierto sentido, eso es precisamente lo que les ocurrió. Una franja horizontal de color ocre, a tres metros sobre la acera en la fachada del hotel Nelson y a sesenta centímetros del suelo que se va elevando en las opuestas y cenicientas caras de los dos últimos edificios, representa la marca del nivel del agua que dejaron las inundaciones de 1965, cuando el Misisipí se desbordó para ahogar las vías

del ferrocarril y las Casas de los Clavos y ascender casi hasta la parte superior de la calle Chase.

Donde la calle Chase se eleva por sobre la marca del agua y se nivela, se hace más amplia y se transforma en la calle mayor de French Landing, la ciudad que tenemos debajo. El teatro Agincourt, el Taproom Bar Grille, el First Farmer State Bank, el estudio de fotografía de Samuel Stutz (que hace buen negocio con las orlas de graduación, las fotos de boda y los retratos de niños) y tiendas, no reliquias fantasmagóricas de tiendas, flanquean sus romas aceras: el drugstore Benton's Rexall, Reliable Hardware, el videoclub Saturday Night, Confecciones Regal, Schmitt's Allsorts Emporium, tiendas que venden equipos electrónicos, revistas y tarjetas de felicitación, juguetes y prendas deportivas en las que figuran los logotipos de los equipos de los Brewers, los Twins, los Packers, los Vikings, y de la Universidad de Wisconsin. Unas manzanas más allá el nombre de la calle cambia para convertirse en Lyall Road, y los edificios se separan y se encogen transformándose en estructuras de una planta cuyas fachadas están cubiertas de letreros que anuncian agencias de seguros o de viajes; después, la calle se transforma en una carretera que discurre hacia el este dejando atrás un 7-Eleven, la residencia para veteranos de guerras foráneas Reinhold T. Grauerhammer, un gran concesionario de aperos de labranza al que localmente se conoce por Goltz, y para internarse en un paisaje de campos llanos e intactos. Si nos elevamos unos treinta metros más en el aire inmaculado y recorreremos con la vista lo que hay debajo y más allá de nosotros, vemos morenas de glaciares y lava solidificada, colinas redondeadas alfombradas de pinos, valles de terrenos fértiles invisibles desde el nivel del suelo hasta que uno está encima de ellos, ríos serpenteantes, mosaicos de campos de kilómetros de largo, y pequeños pueblos (uno de ellos, Centralia, no es más que un puñado de edificios en torno al cruce de dos estrechas carreteras nacionales, la 35 y la 39).

Justo debajo de nosotros, French Landing tiene aspecto de haber sido evacuada en plena noche. A lo largo de la calle Chase nadie camina por las aceras o se inclina para introducir una llave en la cerradura de alguna de las tiendas. Los espacios ante las tiendas están vacíos de los coches y camionetas que empezarán a aparecer, primero de uno en uno o de dos en dos, y luego, un par de horas más tarde, en un pequeño y bien educado torrente. No brilla luz alguna tras las ventanas de los edificios comerciales o de las casas sin pretensiones que se alinean en las calles circundantes. Una manzana al norte de Chase, en la calle Summer, se alzan cuatro edificios iguales de ladrillo rojo y de dos plantas cada uno, que de oeste a este son: la biblioteca pública de French Landing; la consulta del doctor Patrick J. Skarda, médico general de cabecera, y Bell Holland, un bufete de abogados de dos socios llevado ahora por Garland Bell y Julius Holland, hijos de sus fundadores; la casa de pompas fúnebres Heartfield e Hijo, propiedad en la actualidad del vasto imperio funerario centrado en Saint Louis; y la oficina de correos de French Landing.

Separado de estos últimos por un ancho camino de entrada a un aparcamiento de buenas proporciones al fondo, el edificio al final de la manzana, donde se cruzan las calles Summer y Tercera, también es de ladrillo rojo y de dos plantas, pero mayor que sus vecinos inmediatos. En las ventanas traseras de la primera planta hay rejas de hierro sin pintar, y dos de los cuatro vehículos en el aparcamiento son coches patrulla con luces de emergencia en el techo y las letras DPFL en los costados. La presencia de coches de policía y ventanas con barrotes parece incongruente en este refugio rural; ¿qué clase de crimen puede tener lugar aquí? Nada serio, desde luego; seguramente nada peor que un robo en una tienda, un conductor borracho o una ocasional pelea de bar.

Como para dar testimonio de la paz y la regularidad de la vida de una pequeña ciudad, una furgoneta roja con las

palabras LA RIVIERE HERALD en los costados transita lentamente por la calle Tercera, deteniéndose en casi todos los buzones exteriores para que el conductor introduzca ejemplares del periódico del día, envueltos en bolsas de plástico azul, en los cilindros de metal gris que lucen las mismas palabras. Cuando la furgoneta gira para coger Summer, donde los edificios tienen ranuras en lugar de buzones, el repartidor simplemente arroja los diarios envueltos ante las puertas de entrada. Paquetes azules golpean contra las puertas de la comisaría de policía, la funeraria y los edificios de despachos. La oficina de correos se queda sin periódico.

No obstante, vaya por dónde, sí se ve brillar luz tras las ventanas frontales de la planta baja de la comisaría. La puerta se abre. Un hombre joven, alto y de cabello oscuro, con camisa de uniforme azul claro de manga corta, cinturón Sam Browne y pantalones azul marino sale del edificio. El ancho cinturón y la placa dorada en el pecho de Bobby Dulac resplandecen bajo el sol del amanecer, y todo lo que lleva, incluida la pistola nueve milímetros sujeta en la cadera, parece tan acabado de hacer como el propio Bobby Dulac. Observa la furgoneta roja girar a la izquierda por la calle Segunda y frunce el entrecejo ante el periódico enrollado. Le propina suaves golpecitos con la puntera de un zapato negro muy bruñido, inclinándose lo justo para sugerir que trata de leer los titulares a través del plástico. Está claro que semejante técnica no acaba de funcionar. Todavía ceñudo, Bobby se inclina del todo y recoge el periódico con inesperada delicadeza, del modo en que una gata coge a un gatito para cambiarlo de sitio. Sosteniéndolo a cierta distancia de su cuerpo, echa un vistazo en ambos sentidos de la calle Summer, da media vuelta con elegancia y vuelve a entrar en la comisaría. Nosotros, que llevados de la curiosidad hemos ido descendiendo poco a poco hacia

el interesante espectáculo que ofrece el agente Dulac, entramos detrás de él.

Un pasillo gris conduce a una puerta sin distintivo alguno y un tablón de anuncios con bien poco en él y finalmente a dos tramos de escaleras metálicas, uno que desciende hasta un pequeño vestuario, y otro que asciende hasta una sala de interrogatorios y dos hileras enfrentadas de celdas, ninguna de las cuales está ocupada. En algún lugar cercano se oye una tertulia en la radio, a un volumen que se nos antoja excesivo para una mañana tranquila.

Bobby Dulac abre la puerta sin letreros y entra, con nosotros pisándole los relucientes talones, en la sala de la que acababa de salir. Una hilera de archivadores se apoya contra la pared a nuestra derecha, y junto a ellos hay una destartalada mesa de madera y una radio, la fuente del ruido discordante. Desde el cercano estudio de la KDCU AM, la Voz Parlante de Coulee Country, el virulento aunque ameno George Rathbun, ha empezado a emitir *El bombardeo del tejón*, su popular programa matutino. Al bueno del viejo George se le oye demasiado alto para la ocasión, no importa cuánto baje uno el volumen; el chico es simple y llanamente *ruidoso*, y eso forma parte de su atractivo.

En el centro de la pared, justo enfrente de nosotros, se halla una puerta cerrada con un rectángulo de cristal muy grueso en que han pintado DALE GILBERTSON, JEFE DE POLICÍA. Dale no aparecerá hasta dentro de media hora más o menos.

Dos escritorios metálicos están ubicados en ángulo recto en el rincón a nuestra izquierda, y desde el que mira hacia nosotros Tom Lund, un agente de cabello claro y edad parecida a la de su compañero pero sin su aspecto de haber salido todo reluciente de la casa de la moneda cinco minutos antes, observa la bolsa que Bobby Dulac sujeta con dos dedos de la mano derecha.

—Muy bien —comenta Lund—. Conque aquí llega la última entrega.

—¿Acaso creías que los Cinco del Trueno iban a hacernos otra visita social? Toma. No quiero leer este maldito periódico.

Sin dignarse a mirar el diario, Bobby lanza el ejemplar del día de *La Riviere Herald* en un aplanado y veloz arco a través de tres metros de suelo de parqué con atlético ademán de muñeca, se vuelve hacia la derecha, da una zancada y se coloca ante la mesa de madera un instante antes de que Tom Lund intercepte su lanzamiento. Bobby observa ceñudo los dos nombres y diversos detalles garabateados en la pizarra alargada que pende en la pared, detrás de la mesa. No parece muy contento; tiene todo el aspecto de ir a estallar de furia.

Gordo y feliz en su estudio de la KDCU, George Rathbun exclama: «Tú, el del otro lado de la línea, dame un respiro, ¿quieres?, y haz que te receten otra cosa. A ver, ¿estamos hablando del mismo partido? Oye...».

—A lo mejor Wendell ha entrado en razón y ha decidido dejarlo de una vez —comenta Tom Lund.

—Conque *Wendell* —dice Bobby. Como Lund solo le ve la nuca de pelo lacio y oscuro, el leve gesto despectivo que hace con el labio supone un desperdicio, pero lo hace de todas formas.

«Tú, el del teléfono, déjame hacerte una pregunta, y quiero que seas totalmente sincero y me digas la verdad: ¿viste en realidad el partido de anoche?»

—No sabía que *Wendell* fuese tan buen amigo tuyo —ironiza Bobby—. No sabía que hubieses llegado tan al sur como hasta La Riviere. La verdad es que pensaba que tu idea de salir por la noche era una buena jarra de cerveza y conseguir cien puntos en la petanca de Arden, y ahora me entero de que andas por ahí con periodistas en ciudades universitarias. Probablemente también habrás tenido algún lío sucio con esa Rata de Wisconsin, el tipo de la emisora KWLA. ¿Consigues detener a muchos punks de esa manera?

—¿He dicho yo que Wendell Green fuera amigo mío? —pregunta Tom Lund. Por encima del hombro izquierdo de Bobby ve el primero de los nombres en la pizarra. Su mirada se centra en él sin que pueda evitarlo—. Es solo que le conocí después del caso Kinderling, y el tipo no me pareció tan mal. En realidad me gustó en cierto sentido. *De hecho*, acabé sintiendo lástima por él. Quería hacerle una entrevista a Hollywood, y Hollywood le rechazó de plano.

Bueno, pues claro que había visto las entradas suplementarias, prosigue el desafortunado interlocutor; por eso sabe que Pokey Reese llegó a una base sin que lo eliminaran.

—Y en cuanto a la Rata de Wisconsin, si le viera no le reconocería, y opino que eso que pone y que llama música es la mayor porquería que he oído en mi vida. Para empezar, ¿cómo ha conseguido un programa de radio un pelota canijo y demacrado como él? ¿Y en la *emisora universitaria*? ¿Dónde deja eso a nuestra maravillosa universidad, Bobby? ¿Dónde deja eso a toda nuestra sociedad? Oh, me había olvidado, a ti te gusta esa mierda.

—No, lo que me gusta es la 311 y Korn, y tú estás tan fuera de onda que eres incapaz de ver la diferencia entre Jonathan Davis y Dee Dee Ramone, pero olvídale, ¿de acuerdo? —Lentamente, Bobby Dulac se vuelve y le sonrío a su compañero—. Deja ya de tratar de ganar tiempo. —Su sonrisa no era lo que se dice muy agradable.

—¿Que yo trato de ganar tiempo? —Tom Lund abre desmesuradamente los ojos en una parodia de inocencia herida—. Vaya, ¿he sido yo quien ha arrojado el periódico a la otra punta de la habitación? No, me parece que no.

—Si nunca le has puesto la vista encima a la Rata de Wisconsin, ¿cómo sabes qué aspecto tiene?

—De la misma forma que sé que lleva el pelo teñido de un color gracioso y un *piercing* en la nariz. De la misma forma que sé que todos los días, llueva o brille el sol, lleva una chaqueta de cuero negro hecha polvo. —Bobby hizo una